

"EL PARNASO MEXICANO"

DE VENTA

En la librería *La Ilustración* de D. Rafael
B. Ortega, 1ª calle de Sto. Domingo num. 12.

PUBLICADOS

los tomos dedicados a

Manuel Acuña.

Manuel M. Flores.

Antonio Plaza.

Ignacio M. Altamirano.

Esther Tapia de Castellanos.

Ignacio Rodríguez Galván.

Juan de Dios Peza.

EN PRENSA.

Sor Juana Inés de la Cruz.

Guillermo Prieto.

Manuel Carpio.

José Reans Moreno.

José Joaquín Fernández de Lizardi.

(El Pensador Mexicano.)

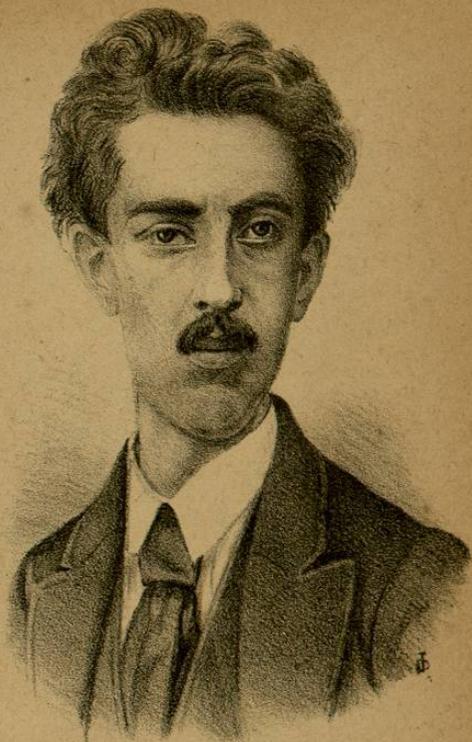
PAGINAS EN VERSO DEL GRAL. VICENTE RIVA PALACIO

El Parnaso Mexicano.

MANUEL ACUÑA.

YA ESTA PUBLICADA LA PRIMA DE ESTA PRIMERA SERIE

UN TOMO DE UNAS 200 PAGINAS.



Alfonso

EL PARNASO MEXICANO.

MANUEL ACUÑA

SU BIOGRAFIA

CON EL JUICIO CRITICO DE SUS OBRAS

Y

Poesias escogidas de varios autores

COLECCIONADAS

BAJO LA DIRECCION DEL SR.

Gral. D. Vicente Riva Palacio,

contando además con la bondadosa
colaboracion de los Sres.

Ignacio M. Altamirano, Manuel Peredo, José Vigil,
Juan de D. Peza, Francisco Sosa
y otros de nuestros más eminentes literates
de esta Capital y de los Estados.

LIBRERIA LA ILUSTRACION.

12.—PRIMERA DE SANTO DOMINGO.—12

MAYO 15 DE 1885.

MEXICO.

ADVERTENCIA DE LOS EDITORES.

Al emprender esta publicacion ni hemos creido levantar un libro monumento á la gloria de las letras mexicanas, ni formar una compilacion que pueda servir para el estudio de la patria literatura; nuestro modesto empeño se reduce á dar á conocer las composiciones de los poetas de México en una coleccion que por lo apropiado de su forma, por la comodidad de su costo y por la agradable variedad de las poesías que cada tomo contenga, sirva de grato soláz á los lectores. Por eso ni hemos seguido el ór-

den cronológico regular, ni hemos coleccionado en cada uno de los pequeños volúmenes las obras de un solo autor.

Cada tomo está dedicado á uno de nuestros poetas cuyos retrato y noticias biográficas forman el principio del volumen.

MANUEL ACUNA.*

Honra, y muy grande, para la ciudad del Saltillo, capital del Estado de Coahuila, es la de haber sido cuna del insigne poeta Manuel Acuña, el día 27 de Agosto de 1849.

Acuña hizo sus primeros estudios en la ciudad de su nacimiento, en el Colegio "Josefino," y en 1865 vino á la capital de la República para entregarse aquí á cursar las materias prescritas para la carrera de la medicina.

Dotado de clarísimo talento, habria el joven coahuilense llegado á ser uno de los alumnos más distinguidos del renombrado plantel en que se inscribió en 1866, si una desgracia, que nunca lamentaremos suficientemente, no le hubiera hundido en el sepulcro cuando to-

[*] Este artículo está tomado de la obra "Biografías de Mexicanos Distinguidos," con permiso del autor.

caba, puede decirse, al término de su carrera profesional.

Su amor á las bellas letras no sufrió alteracion ni menoscabo á causa de los áridos estudios científicos. Léjos de eso, el jóven Acuña fundó la Sociedad "Netzahualcoyotl," y en ella dió á conocer sus eminentes dotes poéticas. La publicacion de los que podíamos llamar sus primeros ensayos, fué acogida con entusiasmo; desde entónces reveló que era un poeta de altísimo valer, y que sus obras serían más tarde un título de gloria para su patria. Solicitábase la colaboracion de Acuña por los periodistas, y era en el seno de las sociedades literarias recibida con júbilo la nueva de que iba él á dar lectura á alguna de sus inspiradas producciones, logrando así ocupar, sin embargo de su juventud, un puesto distinguido entre los más acreditados literatos y poetas de la capital de la nacion. La representacion de su drama intitulado "El Pasado," le conquistó un verdadero triunfo, suceso no comun en nuestra escena, por más que frecuentemente hubiésemos visto prodigar aplausos á los autores nacionales. No fueron de sus amigos, no fueron procurados por los actores los que coronaron la obra del novel dramaturgo: la sociedad entera, los literatos,

que comprendian el mérito de la obra, los tributaron al autor; y las discusiones que "El Pasado" provocó en la prensa, en las sociedades literarias y aún en las reuniones privadas, fueron signo evidente de que no era una pieza vulgar la que les daba origen.

Cuando la nacion entera veía en Manuel Acuña no ya una hermosa esperanza, sino un legítimo título de orgullo para México, una muerte lastimosa puso término á los dias del poeta, el 6 de Diciembre de 1873.

"Las producciones de Acuña,—ha dicho un escritor sud-americano,—descubren un pensador profundo, un corazon grande y sensible y una hermosa imaginacion. Elevado por la clase de sus estudios á esa duda casi completa que se divisa en algunos de sus versos, y á un pesimismo desolador por la suerte amarga que acompañó los cortos años de su vida, sus poesías no llenan á veces su mision de consuelo. Pero en cambio, allí, donde el aspecto de un cadáver no tiene más significacion en la mente del poeta que la de un organismo paralizado, la materia encuentra un cantor poderoso; donde el sábio humanitario no alcanza, en su muerte, el premio de la ventura perdurable, la historia lo acoge en sus santuarios; donde la conciencia no halla

para los crímenes juez ni castigo en otra existencia, el genio maldice y profetiza; donde se apaga el cielo se enciende la gloria; donde no hay para el hombre eterna dicha, hay eterno descanso; donde el arrobamiento místico no oye ni una frase consoladora, la filosofía exéptica del siglo vislumbra ese cúmulo de vacilaciones en que, como un crisol, parece agitarse hoy la verdad.

“Pero Acuña, como hemos dicho, era poeta de corazón. No es, pues, raro que, herido por los recuerdos de su infancia, forje un cielo para *la madre su amor*; ni que impresionado con el infortunio de la mujer caída, le prometa la sonrisa de los ángeles y la bendición de Jesucristo. Ese instinto de sufrimiento que se levanta de la tierra para buscar en otras regiones el bálsamo purificador, y que constituye una de las fases de la verdadera poesía, no podía faltar á Acuña. Si en pos de la verdad su espíritu dudó en algunas ocasiones, el mundo encontró siempre su corazón noble, amante y compasivo.

“Nuevo en las imágenes, audaz en el pensamiento, atrevido en la forma y avanzado en las ideas, las producciones de Acuña son de mérito indisputable. Canta una belleza del mundo siquiera insignificante, y es flori-

do y ameno; recuerda su niñez perdida, y tiene una inspiración dulce y doliente; habla de sus amores, y es tierno y apasionado; sube á la tribuna de los cementerios, y su versificación osada parece desafiar el misterio.

“También cultivó Acuña el género jocoso y satírico,—y sus composiciones—dice el Sr. Manuel Peredo, distinguido escritor mexicano,—son notables por su aticismo, facilidad y corrección.—El poema *La Gloria*, en que se nota la travesura de Espronceda y el gracejo, ya que no la pureza de lenguaje de Moratin, sorprende por la novedad, la fluidez de la improvisación, la fidelidad en los caracteres y la universalidad del héroe.

“El solo nombre de Acuña basta para la gloria literaria de México, quien no llorará nunca lo suficiente sobre la tumba de su hijo privilegiado. Hoy sería Acuña el primer poeta de la América española, donde ya empieza á hacerse la justicia que exigen sus merecimientos.”

Hasta aquí la opinión del Sr. Mac Donall, que es el escritor sud-americano á quien citamos. Diremos ahora, si quiera sea brevemente, cuáles son á nuestro juicio los rasgos característicos del poeta coahuilense, no mencionados por el Sr. Mac Donall, dejando á los

críticos la tarea de analizar extensamente las producciones de Acuña, como no nos es posible hacerlo, dada la índole de la obra que traemos entre manos.

Como Núñez de Arce en España, Acuña en México es entre los poetas contemporáneos el que mejor traduce en sus obras el carácter de la época.

Sus dudas horribles, su desaliento, ciertos arranques atrevidos que las personas piadosas condenan, el continuo anhelar, el afán por inquirir la causa de todas las cosas, no son sino reflejos de lo que en todas las conciencias, en todos los corazones, batalla y pugna por romper la estrecha cárcel en que el pensamiento vive cuando sus aspiraciones no tienen límite, cuando su sed es insaciable, cuando, por lo mismo que desde niño se le ha enseñado á creer que es imágen de Dios, se siente con las fuerzas necesarias para romper los velos de lo desconocido, para saber qué es lo que existe más allá de lo que sin esfuerzo ni meditacion se percibe.

Llámasese poeta materialista, y no se encuentra en sus producciones la deificación de los sentidos. Atribúyensele una carencia absoluta de fé y un desprecio profundo por lo que los demas creen y respetan, y tan léjos

están de la verdad los que así le calumnian, que muchos de sus cantos inmortales están consagrados á enaltecer el hogar y la familia, los recuerdos puros de la infancia, las santas alegrías de los que creen y esperan, como sus padres creían y esperaban. A la mujer caída le habla de redencion, no le eleva un altar. Cuando canta á la mnjer que adora, hay en sus versos ternura inefable, pureza de armiño; parece como que se dirige á un ángel del cielo, como que teme manchar sus alas si llega á tocarla.

Vibra sonora la cuerda del patriotismo en la lira de Acuña, rinde culto á los héroes, pregona su gloria, enseña á amarlos cada vez que, tierno, entusiasta, recuerda á Hidalgo y á los que con él combatieron por hacer libre á la patria de Cuautemoc. Sabe que un pueblo sin instruccion no es digno de ser libre ni puede serlo; y enaltece al sabio y propaga su nombre, lo presenta como modelo, y si muere, derrama sobre su tumba flores inmarcesibles y entona estrofas que la posteridad se encargará de repetir en su alabanza. Y como *la escuela* es la fuente de que se deriva la grandeza y la prosperidad de los pueblos, Acuña tiene para el maestro veneracion y palabras de aliento para el discípulo. ¿Por

ventura, sentimientos tan elevados, patriotismo tan puro y noble, amores tan castos, son propios del que está dominado todo por materialismo grosero?

Lo repetimos: Acuña, genuino representante de la época en que le tocó nacer, se agitaba en eterna lucha, y si la duda amarga se virtió en sus cantos, si la desesperación nubló sus ojos, turbó su razon y le hundió en el sepulcro, no por eso es ménos acreedor al encomio de los mismos que, con envidiable tranquilidad, sin preocuparse con la solución de los grandes problemas que la humanidad quisiera resolver, viven con la fé heredada y no quieren saber una palabra más sobre las que desde el borde de su cuna oyeron pronunciar.

Si del fondo, ó del pensamiento, pasamos á la forma de las poesías de Acuña, mucho puede decirse en loor suyo: facilidad portentosa, descripciones encantadoras por su belleza y por su verdad, versos sonoros y rotundos, naturalismo bien entendido, todo esto, y más todavía, encontrará el crítico que sin dejarse arrebatar por la admiracion y por el entusiasmo, irreflexivos casi siempre, analice las poesías que el bardo del Saltillo nos dejó, si bien hallará algunos pequeños luna-

res que nada significan si se comparan con las inagotables bellezas que encierran las mismas poesías. A este respecto dice un escritor:

“A los que sin fijarse en las bellezas, solo notan que Acuña abusaba del pleonasma, y que á veces no colocaba la cesura donde el metro lo exigia, y á los que llama la atencion el apóstrofe que une las palabras más que el pensamiento en esas palabras encerrado, diremos lo que Víctor Hugo dice de otro genio á quienes pocos comprenden: “Si buscais un tallo bruñido, ramas rectas y hojas satinadas, fijad la vista en el pálido abedul, ó bien en el sauce lloron, y aun mejor en el hueco sauco; pero dejad en paz á la encina. La encina, rey de la selva, tiene la forma caprichosa; sus ramas dudosas estan hecridas por el rayo; su follage es sombrío; su corteza áspera y ruda. . . . pero siempre es la encina.”

Acuña, diremos, continuando la idea del gran poeta citado en las precedentes líneas, es la encina que, desafiando todas las inclemencias, todas las tempestades, sobrevivirá en la historia de México, en tanto que ni un débil recuerdo quedará de muchos nombres que hoy resuenan á cada paso en nuestros

oidos. A medida que los años avancen, su fama será mayor; más duradero, eterno, el monumento de su gloria.

FRANCISCO SOSA.

MANUEL ACUÑA.

NOCTURNO.

A ROSARIO.

I.

Pues bien! yo necesito
decirte que te adoro,
Decirte que te quiero
con todo el corazon;
Que es mucho lo que sufro,
que es mucho lo que lloro,
Que ya no puedo tanto
y al grito en que te imploro
Te imploro y te hablo en nombre
de mi última ilusion.

18

II.

Yo quiero que tu sepas
 que ya hace muchos dias
 Estoy enfermo y pálido
 de tanto no dormir;
 Que ya se han muerto todas
 las esperanzas mias;
 Que están mis noches negras,
 tan negras y sombrías
 Que ya no sé ni dónde
 se alzaba el porvenir.

III.

De noche, cuando pongo
 mis sienes en la almohada
 Y hácia otro mundo quiero
 mi espíritu volver,
 Camino mucho, mucho,
 y al fin de la jornada
 Las formas de mi madre
 se pierden en la nada
 Y tú de nuevo vuelves
 en mi alma aparecer.

19

IV.

Comprendo que tus besos
 jamás han de ser mios,
 Comprendo que en tus ojos
 no me he de ver jamás;
 Y te amo y en mis locos
 y ardientes desvaríos,
 Bendigo tus desdenes,
 adoro tus desvíos,
 Y en vez de amarte ménos
 te quiero mucho más.

V.

A veces pienso en darte
 mi eterna despedida,
 Borrarte en mis recuerdos
 y hundirte en mi pasion;
 Mas si es en vano todo
 y el alma no te olvida,
 ¿Qué quieres tú que yo haga
 pedazo de mi vida,
 Qué quieres tú que yo haga
 con este corazon!

VI.

Y luego que ya estaba
 concluido tu santuario,
 Tu lámpara encendida,
 tu velo en el altar;
 El sol de la mañana
 detrás del campanario,
 Chispeando las antorchas,
 humeando el incensario,
 Y abierta allá á lo léjos
 la puerta del hogar. . . .!

VII.

¡Qué hermoso hubiera sido
 vivir bajo aquel techo,
 Los dos unidos siempre
 y amándonos los dos;
 Tú siempre enamorada,
 yo siempre satisfecho,
 Los dos una sola alma,
 los dos un solo pecho,
 Y en medio de nosotros
 mi madre como un dios!

VIII.

¡Figúrate qué hermosas
 las horas de la vida!
 Qué dulce y bello el viaje
 por una tierra así!
 Y yo soñaba en eso,
 mi santa prometida,
 Y al delirar en eso
 con la alma estremecida,
 Pensaba yo en ser bueno
 por tí, no más por tí.

IX.

Bien sabe Dios que ese era
 mi más hermoso sueño,
 Mi afán y mi esperanza,
 mi dicha y mi placer;
 Bien sabe Dios que en nada
 cifraba yo mi empeño,
 Sino en amarte mucho
 bajo el hogar risueño
 Que me envolvió en sus besos
 cuando me vió nacer!

X.

Esa era mi esperanza.....
 mas ya que á sus fulgores
 Se opone el hondo abismo
 que existe entre los dos,
 ¡Adios por la vez última,
 amor de mis amores,
 La luz de mis tinieblas,
 la esencia de mis flores.
 Mi lira de poeta,
 mi juventud, adios!

MENTIRAS DE LA EXISTENCIA.

 DOLORA.

¡Qué triste es vivir soñando
 Con un mundo que no existe!
 Y qué triste
 Ir viviendo y caminando,
 Sin ver en nuestros delirios,
 De la razon con los ojos,
 Que si hay en la vida lirios,
 Son muchos más los abrojos.

Nace el hombre, y al momento
 Se lanza tras la esperanza,
 Que no alcanza
 Porque no se alcanza el viento;
 Y corre, y corre, y no mira,
 Al ir en pos de la gloria,
 Que es la gloria una mentira
 Tan bella como ilusoria.

No ve al correr como loco
 Tras la dicha y los amores,
 Que son flores
 Que duran poco, muy poco!
 No ve cuando se entusiasma
 Con la fortuna que anhela,
 Que es la fortuna un fantasma
 Que cuando se toca vuela!

Y que la vida es un sueño
 Del que si al fin despertamos,
 Encontramos,
 El mayor placer pequeño,
 Pues son tan fuertes los males
 De la existencia en la senda,
 Que corren allí á raudales
 Las lágrimas en ofrenda.

Los goces nacen y mueren
 Como puras azucenas,
 Mas las penas
 Viven siempre y siempre hieren;
 Y cuando vuela la calma
 Con las ilusiones bellas,
 Su lugar dentro del alma
 Queda ocupado por ellas.

Porque al volar los amores
 Dejan una herida abierta
 Que es la puerta
 Por donde entran los dolores;
 Sucediendo en la jornada
 De nuestra azarosa vida,
 Que es para el pesar "entrada"
 Lo que para el bien "salida."

Y todos sufren y lloran
 Sin que una queja profieran,
 Porque esperan
 Hallar la ilusion que adoran....!
 Y no mira el hombre triste
 Cuando tras la dicha corre,
 Que solo el dolor existe
 Sin que haya bien que lo borre.

No ve que es un fátuo fuego
 La pasion en que se abrasa,
 Luz que pasa
 Como relámpago, luego;
 Y no ve que los deseos
 De su mente acalorada
 No son sino devaneos,
 Nò son más que sombra, nada.

Que el amor es tan ligero
 Cual la amistad que mancilla
 Porque brilla
 Solo á la luz del dinero;
 Y no ve cuando se lanza
 Loco tras de su creencia,
 Que son *la fe y la esperanza*
 Mentiras de la existencia.

1868.

LA RAMERA.

A MI QUERIDO AMIGO MANUEL ROA.

Humanidad pigmea,
 Tú que proclamas la verdad y el Cristo,
 Mintiendo caridad en cada idea:
 Tú que, de orgullo el corazón beodo,
 Por mirar á la altura
 Te olvidas de que marchas sobre el lodo:
 Tú que diciendo *hermano*,
 Escúpes al gitano y al mendigo
 Porque son un mendigo y un gitano:
 Allí está esa mujer que gime y sufre
 Con el dolor inmenso con que gimen
 Los que cruzan sin fé por la existencia;
 Escúpela también....! anda....! ¡no importa
 Que tú hayas sido quien la hundi6 en el crimen,
 Que tú hayas sido quien mat6 su creencia!

¡Pobre mujer, que abandonada y sola
Sobre el oscuro y negro precipicio,
En lugar de una mano que la salve
Siente una mano que la impele al vicio;
Y que al fijar en su redor los ojos
Y á través de las sombras que la ocultan,
No encuentra mas que séres que la miran
Y que burlando su dolor la insultan. . . .!

Y ántes era una flor, una azucena
Rica de galas y de esencia rica,
Llena de aromas y de encantos llena;
Era una flor hermosa,
Que envidiaban las aves y las flores,
Y tan bella y tan pura,
Como es pura la nieve del armiño,
Como es pura la flor de los amores,
Y como es puro el corazon del niño.

Las brisas la brindaban con sus besos,
Y con sus tibias perlas el rocío,
Y el bosque con sus álamos espesos,
Y con su arena y su corriente el río;
Y amada por las sombras en la noche,
Y amada por la luz en la mañana,
Vegetaba magnífica y lozana
Tendiendo al aire su purpúreo broche;
Pero una vez el soplo del invierno

En su furia maldita,
Pasó sobre ella y la arrancó sus hojas,
Pasó sobre ella y la dejó marchita:
Y al contemplar sin galas
Su cáliz ántes de perfumes lleno,
La arrebató implacable entre sus alas
Y fué á hundirla *cadáver* en el cieno.

Filósofo mentido.!
¡Apóstol miserable de una idea
Que tu cerebro vil no ha comprendido!
Tú que la ves que gime y que solloza,
Y burlas su sollozo y su gemido. . . .
¿Qué hiciste de aquel ángel
Que amoroso y sonriente
Formó de tu niñez el dulce encanto?
¿Qué hiciste de aquel ángel de otros días,
Que lloraba contigo si llorabas,
Y gozaba contigo si reías.?
¡Te acuerdas. . . .! Lo arrancaste de la nube
Donde flotaba vaporoso y bello,
Y arrojándole al hambre,
Sin ver su angustia ni su amor siquiera,
Le convertiste de camelia en lodo:
Le trasformaste de ángel en ramera!

¡Maldito tú que pasas
Junto á las frescas rosas,

Y que sus galas sin piedad les quitas!
 ¡Maldito tú que sin piedad las hieres,
 Y luego las insultas por marchitas!
 ¡Pobre mujer . . . ! ¡juguete miserable
 De su verdugo mismo . . . !

Víctima condenada
 A vegetar sumida en un abismo
 Más negro que el abismo de la nada,
 Y á no escuchar más eco en sus dolores,
 Que el eco de la horrible carcajada
 Con que el hombre le paga sus amores.

¡Pobre mujer, á la que el hombre niega
 El sublime derecho
 De llamar hijo á su *hijo!*
 ¡Pobre mujer, que de rubor se cubre
 Cuando le escucha que la grita *madre!*
 Y que quiere besarle, y se detiene,
 Y que quiere besarle, y calla y gime,
 Porque sabe que un beso de sus besos
 Se convierte en borron donde lo imprime!

Deja ya de llorar, pobre criatura,
 Que si del mundo en la escabrosa senda
 Caminas en tre fango y amargura,
 Sin encontrar un sér que te comprenda,
 En el cielo los ángeles te miran,
 Te compadecen, te aman,

Y lloran con el llanto lastimero
 Que tus ojos bellísimos derraman.

¡Y que te burle el hombre y que se ria!
 ¡Y que te llame harapo y te desprecie!
 Déjale tú reir, y que te insulte,
 Que ya llegará el dia,
 En que la gota cristalina y pura
 Se desprenda del lodo
 Para elevarse nube hasta la altura.

Y entónces en lugar de un anatema,
 En lugar de un desprecio,
 Escucharás al Cristo del Calvario,
 Que añadiendo tu pena
 A tus lágrimas tristes en abono,
 Te dirá como há tiempo á Magdalena:
Levántate, mujer, yo te perdono!

1868.